

PRESENTACIÓN: DIÁSPORA, MIGRACIÓN Y TRANSNACIONALISMO

Jorge Duany

Durante las últimas dos décadas, el concepto de *diáspora* se puso de moda en varias disciplinas de las Humanidades y las Ciencias Sociales, incluyendo la historia, la crítica literaria, los estudios culturales, la antropología, la sociología y la ciencia política.¹ Numerosos estudiosos adoptaron el término para cuestionar las nociones ancladas de nación, estado, ciudadanía, cultura e idioma, que dominaron tradicionalmente los debates sobre la migración, es decir, el movimiento de personas de un lugar a otro. A su vez, la expansión mundial de poblaciones migrantes, refugiadas, exiliadas y desplazadas dramatizó las limitaciones del control y la vigilancia estatal sobre los ciudadanos y sus prácticas culturales. Muchos investigadores han revaluado sus ideas sedentarias de los estados nacionales como los únicos contenedores de las lealtades personales y colectivas. En su lugar, el concepto de *transnacionalismo* –entendido como el desarrollo de lazos sociales, culturales, económicos y políticos a través de fronteras nacionales– se convirtió en una dimensión clave de muchas interpretaciones de la posmodernidad.² La preocupación por el cruce de fronte-

¹ Este ensayo incorpora pasajes de mi libro *Blurred Borders: Transnational Migration between the Hispanic Caribbean and the United States*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011.

² Véase Hastings Donnan y Thomas Wilson, *Borders: Frontiers of Identity, Nation, and State*. Nueva York, Berg, 1999, p. 4; Michael Kearney, “Borders and Boundaries of State and Self at the End of Empire”, *Journal of Historical Sociology*, vol. 4, no. 1, 1991, pp. 52-74.

ras (tanto jurídico-administrativas como simbólicas e imaginarias) es un tema recurrente del pensamiento contemporáneo.

Para este número de *Op. Cit. Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, convocamos a una amplia reflexión interdisciplinaria sobre los conceptos, teorías, métodos y fuentes de los estudios sobre las diásporas. Como punto de partida para la discusión, entendemos por diáspora la dispersión de una población fuera de su territorio de origen, que mantiene múltiples vínculos con ese territorio a través del tiempo y el espacio. Según sugiere el crítico cultural puertorriqueño Juan Flores,³ el término *diáspora* evoca una amplia gama de connotaciones, incluyendo el movimiento, el viaje, el desplazamiento, la dislocación, el desarraigo, el hibridismo y el nomadismo. Nos interesaba particularmente examinar cómo el concepto de *diáspora* –y el estrechamente relacionado de *transnacionalismo*, a menudo utilizado prácticamente como sinónimo– ayuda a comprender la experiencia concreta de diversos grupos en distintos lugares y épocas, especialmente en Puerto Rico y el Caribe después de la Segunda Guerra Mundial. Más aún, solicitamos colaboraciones que permitieran precisar cómo surgen y se desarrollan las diásporas, cómo se relacionan con sus patrias ancestrales y cómo se insertan en sus sociedades de asentamiento. Finalmente, invitamos a los colaboradores a analizar comparativamente las causas, formas y consecuencias de la dispersión de las poblaciones humanas.

HACIA UNA DEFINICIÓN DE TRABAJO DE LA DIÁSPORA

Los estudios sobre la migración han experimentado recientemente una explosión semántica de palabras clave como *diáspora*, *transnacionalismo*, *exilio* y *éxodo*. Como señala el sociólogo estadounidense Rogers Brubaker, la proliferación de significados ha producido una “diáspora de la diáspora” desde fines de la década de 1980, a tal punto que el término ahora se refiere a prácticamente cualquier grupo migrante.⁴

³ Juan Flores, *The Diaspora Strikes Back: Caribeño Tales of Learning and Turning*. Nueva York, Routledge, 2009, p. 15.

⁴ Rogers Brubaker, “The ‘Diaspora’ Diaspora”, *Ethnic and Racial Studies*, vol. 28, no. 1, 2005, pp. 1-19.

Como a muchos otros estudiosos, a Brubaker le preocupa la extensión del concepto de *diáspora* a un número cada vez mayor de casos. En sus propias palabras, “si todo el mundo es diaspórico, entonces nadie lo es de manera distintiva. El término pierde su poder de discriminación –su capacidad para identificar los fenómenos, para hacer distinciones. La universalización de la diáspora, paradójicamente, significa la desaparición de la diáspora”.⁵

De ahí que varios estudiosos hayan intentado circunscribir, clasificar e interpretar el significado de las diásporas.⁶ Quizás el esquema más conocido para establecer diferentes tipos de diásporas sea el del sociólogo sudafricano Robin Cohen.⁷ Cohen propone cinco categorías básicas, definidas según la motivación y ocupación principal de los migrantes:

1. Las *diásporas de las víctimas* son desplazamientos poblacionales forzados por eventos traumáticos como la persecución religiosa, la represión política y la esclavitud, según ejemplifican los judíos, armenios y africanos.
2. Las *diásporas laborales* son grupos proletarios reclutados para trabajar en otros países, tales como los indios, italianos y turcos.
3. Las *diásporas comerciales* son grupos empresariales especializados en actividades económicas intermedias dentro de las sociedades receptoras. Entre estos grupos se destacan los chinos y libaneses en distintas partes del mundo.

⁵ *Ibid.*, p. 3. Todas las traducciones del inglés son mías.

⁶ Véase Jonathan Boyarin y Daniel Boyarin, *Powers of Diaspora: Two Essays on the Relevance of Jewish Culture*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 2002; James Clifford, “Diasporas”, *Cultural Anthropology*, vol. 9, no. 3, 1994, pp. 302-338; William Safran, “Diasporas in Modern Societies: Myths of Homeland and Return”, *Diaspora: A Journal of Transnational Studies*, vol. 1, no. 1, 1991, pp. 83-99; y Khachig Tölölyan, “The Nation-State and Its Others: In Lieu of a Preface”, *Diaspora: A Journal of Transnational Studies*, vol. 1, no. 1, 1991, pp. 3-7.

⁷ Robin Cohen, *Global Diasporas: An Introduction*. 2ª ed., Nueva York, Routledge, 2008.

4. Las *diásporas imperiales* son movimientos poblacionales desde potencias mundiales, como Gran Bretaña, España o Rusia, hacia sus colonias.
5. Las *diásporas desterritorializadas* son movimientos fluidos y múltiples de personas (v. g., entre África, las Américas y Europa, “el Atlántico negro”), con la consecuente pérdida de una referencia territorial convencional. Entre estas diásporas se encuentran los migrantes afrocaribeños en sus antiguas metrópolis europeas.

Más allá de tales diferencias históricas y geográficas, ¿qué tienen en común las diásporas? Según Cohen, todas las diásporas comparten nueve rasgos fundamentales. Entre éstos sobresalen las memorias y mitos colectivos sobre sus tierras originarias, un compromiso de preservarlas o recobrarlas, una fuerte conciencia étnica y una relación problemática con sus sociedades anfitrionas.

Sin embargo, coincido con Brubaker y Flores en que es fútil enumerar las características “esenciales” de las diásporas para luego determinar cuáles aplican a diferentes momentos y lugares. En cambio, puede ser más productivo recordar los orígenes etimológicos de las palabras griegas *dia*, que significa “a través de”, y *speirein*, que significa “sembrar o esparcir”. Aunque el término *diáspora* originalmente se refirió al exilio judío en Babilonia a partir del 586 A.C., sus connotaciones se han ampliado considerablemente. Así, después de registrar la acepción convencional de “dispersión de los judíos exiliados de su país”, la última edición del diccionario de la Real Academia Española define *diáspora* como “dispersión de grupos humanos que abandonan su lugar de origen”.⁸

Dicha definición abarca grupos y períodos tan diversos como los judíos y armenios de la antigüedad, los esclavos africanos y los palestinos de la época moderna. Además, se traslapa con los enfoques actuales sobre *transnacionalismo*, según

⁸ Real Academia Española, Diccionario de la lengua española, “Diáspora”, [http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=diáspora], consultado el 6 de abril de 2012.

elaboro más adelante. Por el momento, me parece suficiente señalar que las diásporas suelen conservar fuertes vínculos sociales, económicos, culturales, políticos y emocionales con sus lugares de origen. Los lazos duraderos con una patria real o putativa mediante memorias, mitos y ritos colectivos constituyen uno de los criterios básicos para la mayoría de las definiciones de una diáspora.⁹ En todo caso, tanto el concepto de *diáspora* como el de *transnacionalismo* cuestionan la premisa común de que el estado nacional es la unidad “natural” para conformar el espacio físico y cultural en que se desenvuelve la gente. Por el contrario, muchas personas –especialmente los migrantes transnacionales– forman parte de redes sociales más amplias entre naciones.

BREVE GENEALOGÍA INTELECTUAL DEL TRANSNACIONALISMO

Desde los años noventa del siglo pasado, el transnacionalismo ha generado una pequeña industria académica entre los especialistas en la migración, con un número creciente de libros, disertaciones, antologías, revistas, artículos, conferencias, talleres, cursos y centros de investigación dedicados a su estudio. Junto al concepto muy ligado de la diáspora, el transnacionalismo ha captado la imaginación de científicos sociales y humanistas. Sin embargo, varios problemas persistentes plagan el campo del transnacionalismo, especialmente la definición operacional del concepto; la clasificación de sus tipos; la explicación de sus causas y consecuencias; su supuesta novedad; su relación con la asimilación y su futuro más allá de la primera generación de inmigrantes. Particularmente, se han producido animados debates sobre si República Dominicana, Puerto Rico y Cuba son ejemplares del transnacionalismo contemporáneo.¹⁰

En 1916, el crítico literario y periodista estadounidense Randolph Bourne acuñó la expresión “América transnacional” para desafiar el mito del *melting pot* (crisol de razas), que justificaba la asimilación de los inmigrantes a la cultura

⁹ Brubaker, *op. cit.*; Cohen, *op. cit.*; Steven Vertovec, *Transnationalism*. Nueva York, Routledge, 2009.

¹⁰ He reseñado estos debates en mi libro *Blurred Borders...*, *op. cit.*

de origen anglosajón dominante en Estados Unidos.¹¹ Por el contrario, Bourne postuló que los inmigrantes europeos de su época (como los alemanes, escandinavos y polacos) retenían vigorosas conexiones con sus países de origen por largos períodos de tiempo, antes de convertirse en “americanos sin guión” (*unhyphenated Americans*). Además, expuso que Estados Unidos debiera ser más cosmopolita al acomodar a grupos étnicos de ascendencia no anglosajona. Bourne hizo un apasionado alegato por el pluralismo cultural, que escritores posteriores enarbolaban bajo la bandera del multiculturalismo.

Desafortunadamente, el término *transnacionalismo* cayó en desuso común y académico por décadas, ya que el modelo de la asimilación prevaleció en los estudios de la migración, al menos en Estados Unidos. Este modelo prescribió la absorción inexorable de los inmigrantes por sus sociedades anfitrionas, al eliminarse gradualmente sus diferencias lingüísticas y religiosas y otras diferencias culturales con la población mayoritaria.¹² Dicha perspectiva dejaba poco espacio para plantear que asimilación y transnacionalismo fueran procesos complementarios e incluso simultáneos.

En los años cincuenta del siglo XX, los economistas comenzaron a escribir sobre corporaciones “multinacionales” y más tarde “transnacionales”, que operaban a la vez en varios países y cuyas matrices estaban localizadas en los centros industriales de Norteamérica, Europa Occidental y Japón. Durante los años setenta, los especialistas en las relaciones internacionales ampliaron el término *transnacionalismo* a las organizaciones no gubernamentales que cruzaban los límites entre varios países. Para los ochenta, los científicos sociales ensancharon el concepto para referirse a grupos que se movían fuera de sus países y con todo seguían apegados a sus comunidades de origen.¹³ Al

¹¹ Randolph S. Bourne, “Trans-national America”, *Atlantic Monthly*, no. 118, 1916, pp. 86-97.

¹² Véase Milton M. Gordon, *Assimilation in American Life: The Role of Race, Religion, and National Origins*. Nueva York, Oxford University Press, 1964.

¹³ Peggy Levitt y Mary C. Waters (eds.), *The Changing Face of Home: The Transnational Lives of the Second Generation*. Nueva York, Russell Sage Foundation, 2002, p. 7; Nina Glick Schiller, Linda Basch y Cristina Szanton Blanc, “From Immigrant to Transmigrant: Theorizing Transnational Migration”, *Anthropological Quarterly*, vol. 68, no. 1, 1995, pp. 48-63.

aplicarse a personas más que a corporaciones móviles, el transnacionalismo sugiere que la gente puede transgredir fronteras y límites,¹⁴ habitando los espacios sociales intersticiales entre ellos. Por lo tanto, a tales personas se les ha llamado (quizás exageradamente) “gente sin fronteras” (*borderless people*).¹⁵

La formulación más temprana e influyente del paradigma transnacional de la migración fue la compilación de las antropólogas estadounidenses Nina Glick Schiller, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton, *Towards a Transnational Perspective on Migration*. Poco después, las mismas autoras publicaron *Nations Unbound*, elaborando las implicaciones conceptuales y metodológicas del nuevo modelo.¹⁶ Más adelante, otros académicos ampliaron, refinaron o criticaron la perspectiva transnacional sobre la migración.¹⁷ Actualmente,

¹⁴ Aquí sigo a Michael Kearney cuando conceptualiza las fronteras (*borders*) como zonas geográficas y culturales híbridas de contacto entre naciones, mientras los límites (*boundaries*) son las delimitaciones espaciales legales de los estados. Véase Kearney, *op. cit.*

¹⁵ Michael Peter Smith, “Can You Imagine? Transnational Migration and the Globalization of Grassroots Politics”, *Social Text*, no. 39, 1994, pp. 15-33.

¹⁶ Nina Glick Schiller, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton (eds.), *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*. Nueva York, New York Academy of Sciences, 1992; Linda Basch, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton Blanc, *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States*. Basil, Suiza, Gordon and Breach, 1994.

¹⁷ Véase, entre otros, Héctor Cordero-Guzmán, Robert C. Smith y Ramón Grosfoguel (eds.), *Migration, Transnationalism, and Race in a Changing New York*. Filadelfia, Temple University Press, 2001; Peggy Levitt y Ninna Nyberg-Sørensen, *The Transnational Turn in Migration Studies*. Ginebra, Global Commission on International Migration, 2004; Karen Fog Olwig, “Hacia una reconceptualización de la migración y transnacionalización”, *Estudios Sociales*, vol. 30, núm. 109, 1997, pp. 53-75; Patricia R. Pessar y Sarah Mahler, “Transnational Migration: Bringing Gender In”, *International Migration Review*, vol. 27, no. 3, 2003, pp. 812-846; Alejandro Portes, Luis E. Guarnizo y Patricia Landolt, “The Study of Transnationalism: Pitfalls and Promises of an Emergent Research Field”, *Ethnic and Racial Studies*, vol. 22, no. 2, 1999, pp. 217-237; Alejandro Portes, William Haller y Luis E. Guarnizo, “Transnational Entrepreneurs: The Emergence and Determinants of an Alternative Form of Economic Adaptation”, *American Sociological Review*, vol. 67, no. 2, 2002, pp. 278-298; Roger Rouse, “Thinking through Transnationalism: Notes on the Cultural Politics of Class Relations in the Contemporary U.S.”, *Public Culture*, vol. 7, no. 2, 2005, pp. 353-402; Vertovec, *op. cit.*; Roger Waldinger

el transnacionalismo se ha atrincherado en los estudios de la migración, celebrado como “uno de los [modelos] potenciales más prometedores para la investigación social para el siglo XXI” por sus defensores,¹⁸ pero ridiculizado como una “moda intelectual” por sus críticos.¹⁹

Varios escritores han señalado que la fase contemporánea de la economía mundial, que ha acelerado el volumen y velocidad de los flujos internacionales de población, requiere un nuevo acercamiento a la migración. Muchos han intentado repensar las categorías convencionales para el análisis social –como nación, estado, ciudadanía, raza, etnicidad, clase, género e identidad– a la luz de la globalización. Uno de los problemas básicos es definir, describir y explicar las conexiones duraderas de numerosos asentamientos de migrantes con sus países de origen. Entre los principales rompecabezas intelectuales para los estudiosos contemporáneos, está cómo la gente reconstruye sus identidades e imagina sus comunidades a través de fronteras y límites. Las dimensiones culturales de la globalización se han conceptualizado como transnacionalización, hibridación, criollización, sincretismo, bricolaje y mundialización. El anterior término, *transculturación*, acuñado por el antropólogo cubano Fernando Ortiz, también se ha recuperado para describir la fusión de prácticas culturales de diversos orígenes en los flujos migratorios.²⁰

y David Fitzgerald, “Transnationalism in Question”, *American Journal of Sociology*, vol. 109, no. 5, 2004, pp. 1177-1195.

¹⁸ Luis E. Guarnizo, “The Emergence of a Transnational Social Formation and the Mirage of Return Migration among Dominican Transmigrants”, *Identities: Global Studies in Culture and Power*, vol. 4, no. 2, 1997, p. 287.

¹⁹ Waldinger y Fitzgerald, *op. cit.*, p. 1176.

²⁰ Arjun Appadurai, *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996; Ulf Hannerz, *Transnational Connections: Culture, People, Places*. Londres, Routledge, 1996; Renato Ortiz, *Otro territorio: ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996; y del mismo autor, *Mundialización y cultura*. Madrid, Alianza, 1997. Véase también Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana, Jesús Montero, 1940.

EL CAMPO EMERGENTE DEL TRANSNACIONALISMO

Glick Schiller, Basch y Blanc-Szanton abordan el transnacionalismo como “los procesos mediante los cuales los inmigrantes construyen campos sociales que vinculan a su país de origen y su país de asentamiento”, incluyendo “múltiples relaciones –familiares, económicas, sociales, organizacionales, religiosas y políticas– que cruzan las fronteras”.²¹ Estas autoras llaman *transmigrantes* a todos los que desarrollan y mantienen tales relaciones. Por ejemplo, muchos migrantes del Caribe hispanico en Estados Unidos participan en varios sistemas políticos, envían millones de dólares a sus países de origen y se definen en términos híbridos culturalmente, tales como dominico-americanos o cubanoamericanos. La conceptualización de Glick Schiller, Basch y Blanc-Szanton abarca el movimiento constante de personas entre naciones así como prácticas ocasionales como enviar regalos y paquetes al país de origen. Aunque este enfoque permite comparar a actores y prácticas transnacionales con escalas de intensidad y distribuciones variables, corre el riesgo de diluir el carácter de lo “transnacional”.

En cambio, los sociólogos Alejandro Portes, Luis Guarnizo y Patricia Landolt restringen el transnacionalismo a “ocupaciones y actividades que requieren de contactos sociales habituales y sostenidos a través de las fronteras nacionales para su ejecución”.²² Esta definición se aplica bien a las empresas transnacionales como una “forma alternativa de adaptación económica”, que conlleva inversiones de capital, mano de obra y mercados en más de una nación.²³ Así, para Portes, Guarnizo y Landolt, algunas actividades económicas –como el tráfico de bienes étnicos entre el Caribe hispanico y Estados Unidos– son transnacionales, mientras otras –como los viajes esporádicos de compras a Miami o Nueva York– no lo son.

²¹ Glick Schiller, Basch y Blanc-Szanton, *op. cit.*, p. 1.

²² Portes, Guarnizo y Landolt, “The Study of Transnationalism...”, p. 219.

²³ Portes, Haller y Guarnizo, “Transnational Entrepreneurs...” Véase también Alejandro Portes y Luis E. Guarnizo, *Capitalistas del trópico: la inmigración en los Estados Unidos y el desarrollo de la pequeña empresa en la República Dominicana*. Santo Domingo, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1991.

Estos autores también rechazan el neologismo *transmigrante* porque añade poco al término estándar *migrante*. Otras expresiones engorrosas como *estado-nación desterritorializado* y *ciudadanía transfronteriza*, propuestas por Glick Schiller y sus colegas, pueden criticarse por las mismas razones.²⁴

Desafortunadamente, la definición de *transnacionalismo* en Portes, Guarnizo y Landolt soslaya muchas prácticas que conectan a la gente en diferentes países, como comprar ropa y automóviles estadounidenses en el Caribe y consumir comida y música caribeña en Estados Unidos. En efecto, la mayoría de los inmigrantes latinoamericanos y caribeños patrocina el “comercio nostálgico”, al importar productos de sus países de origen, como cerveza, ron, café, cigarros, pan, queso y otros comestibles. Esta práctica está conectada con otras actividades transnacionales como llamar por teléfono, viajar y enviar remesas a los países de origen.²⁵ Cuando se toman en consideración tales actividades, el alcance del transnacionalismo se extiende notablemente.

En mi libro *Blurred Borders: Transnational Migration between the Hispanic Caribbean and the United States*, conceptualizo lo *transnacional* como un punto medio entre las perspectivas amplias y estrechas reseñadas anteriormente.²⁶ Por transnacionalismo, me refiero a la construcción de densos campos sociales mediante la circulación de personas, ideas, prácticas, dinero, bienes e información entre naciones. Esta circulación incluye pero no se limita al movimiento físico de cuerpos humanos, así como otros tipos de intercambios, que pueden o no ser recurrentes, tales como viajes, comunicaciones y remesas. Tales intercambios pueden involucrar intervenciones directas

²⁴ Basch, Glick Schiller y Szanton Blanc, *op. cit.*; Georges Fouron y Nina Glick Schiller, *Georges Woke Up Laughing: Long-Distance Nationalism and the Search for Home*. Durham, N.C., Duke University Press, 2001.

²⁵ Manuel Orozco, B. Lindsay Lowell, Micah Bump y Rachel Fedewa, *Transnational Engagement, Remittances, and Their Relationship to Development in Latin America and the Caribbean*. Washington, D.C., Institute for the Study of International Migration, Georgetown University, 2005.

²⁶ Duany, *Blurred Borders...*; véase también José Itzigsohn, Carlos Dore-Cabral, Esther Hernández Medina y Obed Vázquez, “Mapping Dominican Transnationalism: Narrow and Broad Transnational Practices”, *Ethnic and Racial Studies*, vol. 22, no. 2, 1999, pp. 316-339.

del estado –como los esfuerzos gubernamentales por promover y lucrarse de las remesas– o pueden ocurrir en ausencia del estado –como en el contrabando de migrantes indocumentados. Según la socióloga estadounidense Peggy Levitt y la antropóloga Nina Glick Schiller, el transnacionalismo “conecta a los actores mediante relaciones directas e indirectas a través de las fronteras entre los que se mueven y los que se quedan”.²⁷ Esta definición proporciona una postura intermedia entre los enfoques excesivamente inclusivos y los extremadamente excluyentes.²⁸ Más aún, comprende diferentes formas de vinculación a través de varias fronteras (no solo los límites estatales), incluyendo redes de parentesco y hogares extendidos.

EL IMPACTO ACTUAL DEL TRANSNACIONALISMO

El transnacionalismo contemporáneo tiene múltiples implicaciones teóricas y prácticas. Entre ellas está el desafío al modelo tradicional de la “asimilación en línea recta” que dominó la investigación sobre la inmigración en Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XX.²⁹ Desde esta perspectiva, los inmigrantes se irían integrando rápidamente a la sociedad receptora a medida que abandonarían sus lealtades culturales y políticas a sus antiguos países. En cambio, los estudios transnacionales han demostrado que muchos inmigrantes contemporáneos mantienen múltiples afiliaciones, llevan vidas bifocales, se aferran a más de una nación y practican culturas híbridas.³⁰

²⁷ Peggy Levitt y Nina Glick Schiller, “Conceptualizing Simultaneity: A Transnational Social Field Perspective on Society”, *International Migration Review*, vol. 38, no. 3, 2004, p. 1009.

²⁸ Véase Luin Goldring, “Blurring Borders: Constructing Transnational Community in the Process of Mexico-U.S. Migration”, *Research in Community Sociology*, vol. 6, 1996, pp. 69-104; Levitt y Nyberg-Sørensen, *op. cit.*; Ninna Nyberg Sørensen y Karen Fog Olwig (eds.), *Work and Migration: Life and Livelihoods in a Globalizing World*. Londres, Routledge, 2002; Vertovec, *op. cit.*

²⁹ Para reseñas históricas, véase Silvia Pedraza y Rubén G. Rumbaut (eds.), *Origins and Destinies: Immigration, Race, and Ethnicity in America*. Belmont, Calif., Wadsworth, 1996; Alejandro Portes y Rubén G. Rumbaut, *Immigrant America: A Portrait*. 3ª ed., Berkeley, University of California Press, 2006.

³⁰ Basch, Glick Schiller y Szanton Blanc, *op. cit.*; Jorge Duany, *Quisqueya on the Hudson: The Transnational Identity of Dominicans in Washington Heights*. 2ª ed., Nueva York, Dominican Studies Institute, CUNY, 2008; Glick

Las estrategias de adaptación de los inmigrantes actuales no siempre conducen a la asimilación completa para la segunda o tercera generación, como habían predicho teorías anteriores. Según los sociólogos Alejandro Portes y Min Zhou, la “asimilación segmentada” incluye varios modos de incorporación, dependiendo del capital humano, el contexto de recepción, el lugar de residencia y el color de la piel de los inmigrantes.³¹ Más que integrarse a la cultura dominante de la clase media blanca estadounidense, algunos grupos catalogados como “no blancos” se ven obligados a convertirse en minorías raciales o étnicas, tales como los afroamericanos, hispanos o “gente de color”. Según este esquema conceptual, muchos inmigrantes dominicanos, puertorriqueños y cubanos de origen africano podrían seguir un patrón de “asimilación descendente”, caracterizado por su concentración en los estratos bajos de la sociedad estadounidense.

Aún más ampliamente, Glick Schiller, Basch y Blanc-Szanton sostienen que el transnacionalismo subvierte categorías arraigadas en el pensamiento contemporáneo, incluyendo las de nación, etnicidad, raza, clase y género.³² A su juicio, los estados nacionales ya no pueden contener (si es que alguna vez lo hicieron) las identidades múltiples y fluidas de la gente (tales como las lealtades locales, regionales, raciales, étnicas, translocales e incluso posnacionales). Los migrantes contemporáneos a menudo combinan sus experiencias en sus sociedades de origen y destino para crear una nueva clase de conciencia propia. Este marco de referencia dual, con el que los migrantes comparan constantemente sus países natales y adoptivos, se conoce técnicamente como *bifocalidad*.³³

Schiller, Basch y Blanc-Szanton, *Towards a Transnational Perspective...*; de las mismas autoras, “From Immigrants to Transmigrants...”; Itzigsohn, Dore-Cabral, Hernández Medina y Vázquez, *op. cit.*; Peggy Levitt, *The Transnational Villagers*. Berkeley, University of California Press, 2001; Portes, Guarnizo y Landolt, “The Study of Transnationalism...”; Vertovec, *op. cit.*

³¹ Alejandro Portes y Min Zhou, “The New Second Generation: Segmental Assimilation and Its Variants”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 530, no. 1, 1993, pp. 74-96.

³² Glick Schiller, Basch y Blanc-Szanton, *Towards a Transnational Perspective...*

³³ Vertovec, *op. cit.*, pp. 67-68.

Los estudiosos mismos pueden promover u obstaculizar los intereses de los actores transnacionales al involucrarse en debates públicos sobre inmigración, multiculturalismo, doble ciudadanía, bilingüismo o remesas. Por ejemplo, el antropólogo estadounidense Steven Vertovec ha revisado los esfuerzos recientes de organismos nacionales e internacionales por facilitar la migración circular, es decir, el movimiento de ida y vuelta entre países emisores y receptores de migrantes.³⁴ El transnacionalismo contemporáneo ha acelerado el movimiento de personas en ambas direcciones, como he documentado para el caso de Puerto Rico.³⁵ Si la migración circular puede manejarse con eficacia para resolver escaseces laborales, asegurar los flujos de remesas y promover el regreso de “cerebros” o trabajadores altamente calificados, es discutible. Además, las implicaciones políticas de fomentar la circulación a corto plazo de la gente sin todos los derechos de la ciudadanía son problemáticas. Es a menudo difícil que los académicos hagan recomendaciones para formular políticas públicas sin matizar los resultados de sus investigaciones.

LA TRANSNACIONALIZACIÓN DEL CARIBE HISPÁNICO

Los ensayos incluidos en este número de *Op. Cit.* consideran las diásporas puertorriqueña, cubana y dominicana como “transnacionales”, aunque los tres casos difieren en su estado legal, composición socioeconómica, relación con la patria ancestral, posibilidad de regresar a ella, origen de los flujos migratorios, duración de la estadía en el exterior y otras variables. Como ha observado la socióloga cubanoamericana Silvia Pedraza, los contactos irregulares entre los emigrados cubanos y su patria han dificultado el crecimiento de una comunidad cubana transnacional en Estados Unidos.³⁶ Desde 1959, los gobiernos de Estados Unidos y Cuba –así como la política del

³⁴ *Ibid.*, pp. 119-127.

³⁵ Jorge Duany, *The Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002, capítulo 9.

³⁶ Silvia Pedraza, *Political Disaffection in Cuba's Revolution and Exile*. Nueva York, Cambridge University Press, 2007.

exilio cubano– han obstruido el flujo de personas, bienes e ideas entre La Habana y Miami. En cambio, los migrantes, el dinero y las prácticas culturales circulan mucho más fácil y frecuentemente entre Puerto Rico, República Dominicana y Estados Unidos. Para invertir el título de un capítulo del libro de Basch, Glick Schiller y Szanton Blanc, “Contextos diferentes, iguales resultados”, contextos similares pueden producir diversos resultados para el transnacionalismo.³⁷

El concepto de *transnacionalismo* puede aplicarse provechosamente al Caribe hispánico. La emigración masiva ha fortalecido los vínculos transnacionales entre las Antillas hispanoparlantes, Estados Unidos y otros países de destino como España. En particular, las redes de parentesco y amistad de muchos migrantes abarcan dos o más países. Desde la década de 1950, un número creciente de ciudadanos del Caribe hispánico se ha desplazado al exterior en respuesta a los cambios en la economía global y sus repercusiones locales. Este éxodo ha acentuado la dependencia de la región en Estados Unidos. Asimismo, el transnacionalismo ha intensificado las disparidades entre países, regiones, clases, grupos étnicos, generaciones y géneros.³⁸ Documentar las fisuras *dentro* de las diásporas sigue siendo un proyecto intelectual relevante.

Al mismo tiempo, estudiar las diásporas del Caribe hispánico puede ayudar a repensar el transnacionalismo. Por un lado, los extensos vínculos entre países de origen y destino se establecieron *antes* de la emigración en gran escala, a consecuencia de la hegemonía estadounidense en la región desde 1898. Por otro lado, la dispersión de la población puertorriqueña, cubana y dominicana comenzó mucho antes de la fase actual de la globalización. Hoy día, las Antillas hispanohablantes han desarrollado varias formas de transnacionalismo como resultado de sus nexos políticos, económicos y culturales con Estados Unidos. Los desplazamientos masivos de la población han contribuido a difuminar –sin llegar a anular– las fronteras entre el Caribe hispánico y Estados Unidos. Desde la década de 1990, las políticas estadounidenses de inmigración, cada vez más restrictivas, han reforzado sus límites externos, espe-

³⁷ Basch, Glick Schiller y Szanton Blanc, *op. cit.*

³⁸ Guarnizo, *op. cit.*

cialmente los del sur con México y el Caribe. Muchos dominicanos y cubanos han respondido alterando sus itinerarios y destinos de viaje, incluyendo a otros países europeos, caribeños y latinoamericanos.

Finalmente, el transnacionalismo ha reconfigurado las identidades colectivas en el Caribe hispánico. A lo largo del siglo XX, el nacionalismo antillano se desarrolló en buena medida en oposición a la hegemonía estadounidense: ser nacionalista significaba casi automáticamente ser antiamericano. Pero el surgimiento de comunidades diaspóricas “en las entrañas del monstruo”, para citar la trillada frase del poeta y patriota cubano José Martí, ha complicado la situación. Los migrantes del Caribe hispánico participan simultáneamente en dos o más gobiernos que los definen como miembros de una nación extendida, una minoría étnica o un grupo panétnico y cuasi-racial llamado *hispano* o *latino* en Estados Unidos. Los emigrados pueden aceptar, disputar o negociar tales etiquetas, como lo han hecho en incontables ocasiones. Pero, al menos, algo está claro: la diáspora ha expandido los contornos de la nación puertorriqueña, cubana y dominicana. En los últimos cien años, la región caribeña se ha americanizado profundamente, así como la diáspora ha caribeñizado (y latinizado) partes de Nueva York, Miami y San Juan. En la medida en que la globalización genera nociones tanto locales como translocales de identidad cultural, los migrantes transnacionales transitan entre ambos reclamos.

EL CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Este número de *Op. Cit.* sobre “Diáspora, migración y transnacionalismo” contiene artículos sobre las diásporas de Puerto Rico, Cuba y República Dominicana, sobre todo en Estados Unidos, pero también en las Islas Vírgenes Estadounidenses y en el Perú. Por la naturaleza del tema, se decidió publicar los artículos en español e inglés, tal y como fueron sometidos por los autores. Aquí están representadas la crítica literaria, la antropología, la historia, la geografía, la economía y la crítica de arte. Cada uno de los ensayos maneja los conceptos de *diáspora* y *transnacionalismo* y los aplica a un flujo migratorio contemporáneo del Caribe hispánico, pero las

acepciones de dichos conceptos varían de un trabajo a otro. Los autores también ensayan distintos acercamientos metodológicos a sus objetos de estudio, entre ellos, el análisis de textos literarios y obras artísticas, las entrevistas con informantes clave, las historias orales, el examen de documentos de archivos y los datos estadísticos de los censos poblacionales. Colectivamente, los trabajos incluidos en este número contribuyen a una perspectiva calidoscópica sobre los movimientos poblacionales en el Caribe hispánico durante la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI. Su riqueza reside precisamente en su diversidad de enfoques, temas, estilos, hallazgos y conclusiones.

En su interesante artículo, la antropóloga estadounidense Patricia Silver explora la identidad racial de los puertorriqueños en Orlando, Florida. Silver comienza situando la inmigración boricua hacia la Florida Central en el contexto de la creciente “latinización” del sur de Estados Unidos. Posteriormente examina cómo la oposición binaria entre negros y blancos ha impactado a los puertorriqueños y los ha llevado a forjar su propio espacio en una sociedad polarizada racialmente. Resulta sumamente pertinente su análisis de cómo Orlando, la Florida y gran parte del sur de Estados Unidos se han transformado de un pasado birracial a un presente multicultural, donde los hispanos y específicamente los puertorriqueños desempeñan un papel protagónico. Basándose en historias orales con emigrados a la Florida Central entre las décadas de 1940 y 1980, Silver encuentra que casi todos experimentaron prácticas y códigos raciales ajenos a sus memorias de Puerto Rico y otros ejes de la diáspora en Estados Unidos.

Por su parte, el geógrafo puertorriqueño Luis Sánchez Ayala elabora cómo la diáspora boricua en Orlando contrasta con otras partes de Estados Unidos. Sánchez Ayala insiste con sobrada razón en que “las identidades puertorriqueñas no son homogéneas a través del espacio”, sino que estas son sensibles a las variaciones locales. Según Sánchez Ayala, los puertorriqueños en Orlando “están construyendo una identidad basada en lo que ellos piensan significa ser de la isla, al mismo tiempo que se diferencian del resto de la diáspora puertorriqueña en Estados Unidos”. A partir de entrevistas

con líderes y una encuesta de la población puertorriqueña en Orlando, el autor descubre una tajante división entre “puertorriqueños de la isla” y “puertorriqueños de afuera”, encasillados como *nuyoricans*. La conclusión perturbadora del artículo es que los boricuas en Orlando construyen sus identidades a base de nociones estereotipadas y esencialistas de la cultura insular, entre las cuales figura prominentemente el dominio del idioma español.

En un ensayo muy sugerente, el historiador puertorriqueño Ángel Flores-Rodríguez indaga en el discurso nacionalista militante de los Young Lords, una organización radical de jóvenes de origen boricua establecida en Chicago a fines de la década de 1960. Ese discurso se inspiró en el movimiento por los derechos civiles de los afroamericanos, especialmente el Partido de las Panteras Negras, y los movimientos revolucionarios internacionales. Flores-Rodríguez coloca el auge y decadencia de los Young Lords en el contexto estadounidense y puertorriqueño, conectando las prácticas políticas transnacionales con el debate sobre la identidad nacional en la Isla. Intercalando referencias a historias orales, entrevistas y artículos periodísticos, el autor arguye que “los Young Lords realinearon la noción de la nación para adelantar la política de los centros urbanos, a saber, insertando la idea de la comunidad en el centro del nacionalismo revolucionario”. Aunque la organización desapareció a mediados de la década de 1970, movilizó a un nutrido grupo de líderes puertorriqueños de segunda generación.

El antropólogo Manuel Valdés Pizzini y el economista Juan J. Agar, ambos puertorriqueños, establecen la relación poco conocida entre la pesca y la diáspora en Santa Cruz, una de las Islas Vírgenes Estadounidenses. Los autores adoptan el concepto de *etnopaisaje* (acuñado por el antropólogo indio Arjun Appadurai) para interpretar un entorno étnicamente diverso y extraordinariamente fluido. En particular, constatan el desencuentro entre pescadores puertorriqueños (los llamados *papa-dem*), cruceños y los procedentes de las Antillas colonizadas por Gran Bretaña. Partiendo de su propio trabajo de campo etnográfico y las fuentes históricas disponibles, Valdés Pizzini y Agar documentan la extraordinaria movilidad transnacional (o mejor aún, transcolonial) de la fuerza laboral en Santa Cruz desde finales del siglo XIX. En la actualidad, “el

espacio costero es un espacio liminar, matizado por diversos encuentros y construcción de relaciones sociales, laborales y de identidades que evocan la función de una frontera”. Los autores concluyen con un llamado a seguir estudiando el vaivén de pescadores entre Santa Cruz y Vieques, a quienes caracterizan como “seres transcoloniales y transnacionales que retaban toda categorización sociológica”.

En su estimulante entrevista con Giannina Braschi, la crítica literaria puertorriqueña Carmen Haydée Rivera destaca la experiencia de la escritora en y fuera de Puerto Rico y el carácter bilingüe y bicultural de su obra literaria. El diálogo con Braschi ilumina las influencias de múltiples escritores, filósofos y artistas, tanto en Puerto Rico como en España, Estados Unidos y otros países. Sobre todo, muestra que los juegos de palabras y la mezcla de lenguas en los textos de Braschi articulan una mentalidad transnacional. Los frecuentes cambios lingüísticos en la conversación, preservados en la transcripción, sustentan la experimentación constante de la autora con diferentes idiomas (español, inglés y *Spanglish*), géneros literarios, períodos históricos y movimientos intelectuales. Las incisivas preguntas de Rivera sirven para precisar cómo Braschi piensa la identidad puertorriqueña fuera del espacio insular y “más allá de las raíces nacionales”.

En una línea complementaria a la entrevista anterior, la crítica literaria cubano-puertorriqueña Yolanda Izquierdo reflexiona sobre la representación literaria del exilio en la obra del escritor cubano Guillermo Cabrera Infante. De entrada, la autora distingue claramente entre *diáspora* y *exilio*, dada la motivación política de este último tipo de desplazamiento. A continuación, Izquierdo comprueba los vínculos intertextuales de la novela *Tres tristes tigres* con el poeta clásico romano Ovidio para caracterizar la experiencia del exilio, particularmente el cubano. Según Izquierdo, la nostalgia es “un motivo fundamental tanto en la codificación literaria –particularmente, ovidiana– del exilio desde la antigüedad [así] como en la ideología del exiliado cubano”. El perspicaz análisis de la novela de Cabrera Infante destaca su intensa nostalgia por la ciudad de La Habana y el habla habanera. La recuperación literaria de este dialecto coloquial, urbano y prerrevolucionario es uno de los temas obsesivos de Cabrera Infante.

El artículo del antropólogo mexicano Juan Manuel Saldívar Arellano se deriva de un sólido trabajo de campo etnográfico. Su objetivo es analizar el trasplante de la religión afrocubana conocida como *santería*, a partir de varias oleadas de inmigrantes cubanos en Lima desde la década de 1980. Según Saldívar Arellano, la creciente popularidad de la santería se manifiesta en la fundación de diversas casas templo, con sus respectivos “padrinos” y “ahijados” locales que han integrado las prácticas rituales a la cultura peruana. La cultura cubana también es notable en bares, restaurantes y discotecas, donde circula la religión entre familias y comunidades transnacionales. Para el autor, la difusión de la santería forma parte de un proceso más amplio de transnacionalización de la cultura cubana, particularmente la música popular y sobre todo la salsa. Aunque las prácticas rituales se han divulgado principalmente mediante la tradición oral, según Saldívar Arellano, su popularidad se nutre de la comercialización de la música cubana por los medios de comunicación masiva.

En un texto profundamente autorreflexivo, la crítica literaria cubanoamericana Andrea O'Reilly Herrera aborda la cultura visual de la diáspora cubana. La autora comienza con una revisión crítica de varios conceptos, como *diáspora*, *exilio*, *transnacionalismo* y *éxodo*. Después, O'Reilly Herrera ausculta las identidades diaspóricas mediante una exhibición multimedial titulada “CAFÉ: Los viajes de los artistas cubanos”. Al interpretar la obra de estos artistas, la autora subraya las dimensiones fluidas y relacionales de la identidad nacional, más allá de su vinculación simbólica al territorio insular. Desde esta perspectiva, los artistas estudiados colapsan las distancias geográficas entre “aquí” (la diáspora) y “allá” (la isla). En última instancia, para O'Reilly Herrera, “Cuba no es un sitio cultural o geográfico fijo, sino una nación viajera y móvil”. Este argumento provocador “se aleja de los conceptos esencialistas y basados territorial y lingüísticamente de identificación racial y/o étnica, nacional o cultural”.

Finalmente, la crítica literaria española Laura Barrio-Vilar escudriña la novela de la escritora dominico-americana Loida Maritza Pérez, *Geographies of Home*. Este texto dramatiza los retos de las mujeres afrodominicanas en la diáspora, tales como su invisibilidad, ambigüedad y vulnerabilidad. El

cuerpo se convierte en una metáfora para la violencia (sexual, racial y doméstica) entre las inmigrantes afrolatinas. Aunque la familia protagonista haya escapado de las penurias políticas y económicas de República Dominicana, su traslado a Nueva York no representa mayor seguridad y prosperidad. Según Barrio-Vilar, “la violencia continúa esparciéndose en las vidas de los personajes, revelando los vestigios del trauma y la necesidad de reconciliar el presente con el pasado”. Este planteamiento lleva a la autora a catalogar la novela de Pérez como una “narrativa del trauma” que busca darles voz a las comunidades diaspóricas de origen africano.

A MANERA DE RECAPITULACIÓN

En este ensayo introductorio, he sugerido que las diásporas hacen más borrosas las fronteras entre las Antillas hispanicas y Estados Unidos. Al hacerlo, crean zonas híbridas de contacto entre sus comunidades de origen y asentamiento y transitan constantemente a lo largo de los lindes sociales, culturales, políticos y económicos entre dos o más naciones. En el caso puertorriqueño, la frontera con los cincuenta Estados Unidos es más permeable que en otros lugares debido a la nebulosa definición de la Isla como territorio no incorporado – un lugar que “pertenece a pero no es parte de” Estados Unidos, según el dictamen de la Corte Suprema en 1901. En el caso cubano, los límites son aún más ominosos dada la ruptura de relaciones diplomáticas con Estados Unidos desde 1961. Y en el caso dominicano, la insuficiencia de visas de inmigrantes otorgadas por Estados Unidos ha estimulado el cruce clandestino de los límites marítimos entre República Dominicana, Puerto Rico y otros territorios estadounidenses.

De todos modos, los migrantes no pueden derribar las fortificadas demarcaciones jurídico-administrativas entre sus países de origen y Estados Unidos. Como han recalcado muchos estudiosos, las fronteras y los límites aún importan y no solo en un sentido metafórico.³⁹ Pese a las presiones de la glo-

³⁹ Véase Donnan y Hastings, *op. cit.*, p. 10; José David Saldívar, *Border Matters: Remapping American Cultural Studies*. Berkeley, University of California Press, 1997.

balización, los estados nacionales siguen encuadrando la vida diaria de la mayoría de los ciudadanos, incluyendo aquellos que viven fuera de su país natal. Aunque los migrantes minen la capacidad de los gobiernos de vigilar sus límites externos, estos no han sucumbido ni son meramente imaginarios. Como apuntan los sociólogos estadounidenses Roger Waldinger y David Fitzgerald, los estados nacionales siguen regulando con relativo éxito las entradas y salidas de personas a través de sus territorios, así como alineando estos territorios con los derechos de la ciudadanía y las instituciones políticas.⁴⁰ Comparar los tres casos presentados aquí tiene implicaciones más amplias para entender la continua importancia política de las demarcaciones estatales en el mundo contemporáneo, a pesar de su creciente irrelevancia para las prácticas e identidades culturales.

Cada uno de los casos examinados en este número de *Op. Cit.* ilustra cómo el transnacionalismo desdibuja las fronteras, sin borrarlas por completo. Un gran número de puertorriqueños, dominicanos y cubanos residentes en Estados Unidos y Puerto Rico mantiene contactos sociales, políticos, económicos, culturales y emocionales con sus comunidades de origen. Muchos inmigrantes transnacionales (y sus descendientes) llevan vidas bifocales, tendiendo puentes entre dos (o más) estados, mercados, culturas y a veces lenguas. De ese modo, socavan los discursos dominantes sobre la nación, basados en la ecuación entre lugares de nacimiento y residencia, entre definiciones culturales y legales de la identidad y la ciudadanía, entre fronteras y límites. El incesante cruce de fronteras las hace más porosas, aun cuando los estados receptores insistan en fijar sus límites para protegerse de amenazas externas. Como demuestran los ensayos incluidos a continuación, el transnacionalismo ha redibujado las líneas divisorias convencionales entre las Antillas hispánicas y Estados Unidos.

⁴⁰ Waldinger y Fitzgerald, *op. cit.*, p. 1178.